



FRATRES ORDINIS PRÆDICATORUM
CURIA GENERALITIA

Roma, 8 de agosto, 2009
Solemnidad de Nuestro Padre Santo Domingo

Carta a los frailes de la Orden de Predicadores

«Todos ustedes son hermanos»

(Mateo 23, 8)

Mis queridos hermanos, *colaboradores de Dios en el anuncio de la Buena Noticia de Jesús* (Cf. 1ª Tesalonicenses 3, 2):

Antes de concluir el mandato que ustedes me han encomendado, quería reflexionar sobre un aspecto central de nuestra vocación: somos frailes, somos hermanos. Dirigiendo especialmente esta carta a los frailes, sé que mis hermanas contemplativas, las religiosas y los laicos de la Familia Dominicana podrán leer estas páginas aplicándolas a su propia vida y misión.

Les confieso que al pensar en esta predicación, deseaba al inicio huir en la dirección contraria como un nuevo Jonás. Sin embargo, meditando en aspectos providenciales de mi propia vida, y tras estos años en contacto con tantos hermanos y hermanas de todo el mundo, me he animado a escribirles, compartiendo cosas de la propia experiencia. En efecto, hay páginas de la propia vida que providencialmente han ido tejiendo mi vocación de fraile, de hermano.

Un hermano entre hermanos

He nacido como el 8º hijo de una familia de 14 hermanos (13 varones y una mujer), lo que creo ha significado un verdadero *Introito* a la vida comunitaria conventual, siendo y viviendo con / entre hermanos.

Desde los 6 años y hasta los 18 (Escuela Primaria y Secundaria) fui alumno de un Colegio de los Hermanos Maristas en Buenos Aires, Argentina. ¡Cuánto he aprendido de ellos! Puedo decirles que he conocido Hermanos a través de los cuales he podido descubrir el significado de la entrega, la sencillez, el amor a Jesús y a María... En definitiva ¡la consagración religiosa y la santidad! Además de su presencia en el aula, guardo en la memoria otras imágenes de su vida fraterna en comunidad: compartiendo con nosotros el deporte, los juegos y el recreo; su silencio aplicado al estudio en la sala donde preparaban sus clases; el rezo del rosario, por las tardes, caminando todos juntos en una larga fila horizontal en el enorme patio del Colegio -ya vacío de alumnos y de gritos- al final de cada jornada escolar.

Como quien prolonga en sus corazones cosas que se encuentran ancladas en el propio, confieso haber experimentado por primera vez cierta inquietud vocacional en aquellos años, cuando con apenas 10 años, confiaba a mi madre que quería ser “uno de ellos”: ¡un “Hermano”! (pero con mayúsculas). En aquel tiempo, recibí como regalo mi primera “vida de un santo”: “Fray Escoba - Vida de San Martín de Porres”. Este hermano dominico también marcó de alguna manera mi vocación. La Providencia quiso que el Convento del noviciado de la Provincia Dominicana Argentina, donde ingresé en febrero de 1980, llevara su nombre.

A partir del Jubileo por el VIII centenario de la fundación de la primera comunidad dominicana contemplativa de Prulla, estamos viviendo un tiempo fecundo en la esperanza, mientras caminamos hacia la celebración de los 800 años de la confirmación de la Orden por Honorio III (22 de diciembre de 1216).

Releyendo la historia de Santo Domingo recordamos que en marzo de 1206 se encuentran en Montpellier los delegados convocados por Inocencio III para predicar en el sur de Francia contra la “herejía albigense” o “cátara”. Se reunieron en concilio con otros prelados y obispos de la región. Ya iniciadas las deliberaciones recibieron a Diego de Osma, Obispo de esa ciudad castellana en España. Lo acompañaba el subprior de su Cabildo catedralicio, Domingo de Guzmán. Conociendo la fama del Obispo castellano, los enviados papales discutieron con él acerca del mejor modo como enfrentar la herejía. Ante los alardes de ostentación externa, Diego les propuso la forma de predicación apostólica, en pobreza evangélica, con austeridad de medios y acentuando la fuerza del ejemplo. Diego y Domingo comenzaron a practicar ese modo de vida renunciando a cualquier signo de poder externo. *A partir de este momento –nos relata Jordán de Sajonia- Domingo comenzó a llamarse, no subprior, sino fray Domingo*¹.

Siendo un hermano entre hermanos, quisiera ofrecerles ahora estas páginas como quien, simplemente, piensa en voz alta. Los invito a contemplar un poco más de cerca “la perla” o “el tesoro” de la Orden; como quien desea seguir descubriendo “la anchura y la longitud, la altura y la profundidad” de la fraternidad dominicana.

Dios es uno y trino (modelo de “familia” y “comunidad”), y su ser se manifiesta de modo diverso – participado- en la creación, sin que por ello se confunda o “disuelva” su Ser en el existir de las criaturas. Dios se manifiesta en la creación, en la historia de la salvación ¡en la economía de la gracia!... de modos diversos y semejantes, ¡análogos!

Leemos en la Carta a los Hebreos: *Después de haber hablado antiguamente a nuestros padres por medio de los Profetas, en muchas ocasiones y de diversas maneras, ahora, en este tiempo final, Dios nos habló por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo el mundo* (1, 1-2). Es el Hijo quien nos revela al Padre y quien nos enseña a llamarlo así, cariñosamente, *Abba*, como él mismo lo llama. Es el Hijo quien nos recuerda: *todos ustedes son hermanos* (Mateo 23, 8).

En nuestro itinerario hacia el 2016, la providencia nos invita a conmemorar el año próximo un acontecimiento fundamental en nuestra historia: los 500 años de la fundación de nuestra primera comunidad en América, en la Isla *La Hispaniola* (isla que hoy comparten la República Dominicana y Haití) en 1510. No hace falta que destaque la importancia de esa fundación. Todos recordamos la fuerza de la predicación de los hermanos que la conformaban bajo su prior, fray Pedro de Córdoba.

Nuestros frailes teólogos de Salamanca debieron reflexionar seriamente sobre los numerosos desafíos que la evangelización presentaba en el “Nuevo Mundo”. Nuestros frailes misioneros en América señalaban y denunciaban con precisión esas provocaciones y los profesores aportaban elementos de discernimiento. Todos eran hermanos, unos y otros sin distinción. Esa fraternidad dominicana abrazaba al mismo tiempo a aquellos que sufrían opresión y violencia (los habitantes originarios del nuevo mundo que eran esclavizados) y a los discípulos o alumnos de los frailes profesores salmantinos.

Cuando consideramos los ideales de la revolución francesa, que tanto influyeron en las gestas independentistas de las naciones americanas, podemos resumirlos en las conocidas palabras

¹ Cf. B. Jordanus, *Libellus de principiis Ordinis Prædicatorum* n. 21 [Ed. H. C. Scheeben, *MOPH* (1925) t. 16].

“libertad, igualdad, fraternidad”. No podemos menos que admitir, a pesar de su contexto fuertemente anti-eclesial, que –como decía Juan Pablo II- son expresiones de alto valor, incluso de particular valor cristiano. Esto es cabalmente así y muy lógico porque toda Europa nutrió y conformó su cultura desde la fe apostólica. Los gestores de la Revolución Francesa, aunque quisieran combatir muchas veces a la Iglesia, no podían evitar ser deudores de ese espíritu².

A partir de 1220, la Orden ha querido siempre discernir el sentido de su vida fraterna y misión, en nuevos contextos culturales, históricos y geográficos, en un mundo en constante cambio. Los Capítulos Generales han querido tomar siempre el pulso a la realidad, a la vida de la Orden, contemplando el desarrollo de los países en los cuales los hermanos están presentes, sintiendo con la Iglesia y desde el corazón de la misma porque Santo Domingo quiso siempre su obra *in medio Ecclesiae*. Ya los frailes reunidos en París, en el Capítulo General de 1256, afirmaban: ***Quod fratres nostri vocentur fratres praedicatorum et non aliis nominibus***³.

En las últimas décadas e inspirándose siempre en el magisterio de la Iglesia⁴, también los Capítulos Generales, han tratado y definido acerca de nuestra vida religiosa, nuestra vida fraterna en comunidad⁵. También los últimos Maestros de la Orden nos han regalado cartas o mensajes significativos inspirados en este tema⁶.

No pretendo presentar a continuación una exposición sistemática acerca de la “fraternidad dominicana”. Los textos citados lo han hecho marcando el paso de nuestra historia. Pero reflexionando sobre algunos aspectos de nuestra fraternidad, si quisiera preguntarme con ustedes ¿qué significa ser hermano hoy? Lo haré a través de un “icono bíblico” que nos ayude a rezar, meditar, reflexionar y responder a esa cuestión. Por ello, los invito a descubrir juntos, de la mano de un “hermano” muy especial, algunas pinceladas del paisaje interior de nuestra fraternidad. Me refiero a José, el hijo de Jacob... el soñador.

JOSÉ –el soñador–

Su historia se presenta efectivamente apoyada en la de su padre Jacob. Su muerte es el epílogo de la historia patriarcal y a la vez prólogo de la gran epopeya del Éxodo. No se incluye su nombre cuando Dios se revela o cuando se habla de Dios con la fórmula “el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob”.

² Cf. Juan Pablo II, *Discurso en el aeropuerto de Tarbes* (Francia) 14 de agosto de 2004; *Discurso a un grupo de obispos franceses* (en visita *ad limina*) 12 de abril de 1997 y muchos otros textos semejantes.

³ “Que nuestros frailes sean llamados frailes predicadores y no con otros nombres”. Cf. *Acta Capitulum Generalium* 1256, Ed. B. M. Reichert, vol. I (*Romae* 1898) 81.

⁴ Señalo los más importantes: Concilio Vaticano II: *Lumen Gentium* (1964) *Caput VI – De religiosis; Perfectae Caritatis* (1965); Pablo VI: *Evangelica Testificatio* (1971); Juan Pablo II: *Redemptionis donum* (1984); *Vita consecrata* (1996). *Congregatio pro Religiosis et Institutis Sæcularibus: Elementos Esenciales* (1983); *Congregavit nos in unum Christi Amor* (1994); *Caminar desde Cristo* (2002); *Faciem tuam, Domine, requiram* (2008).

⁵ Cf. ACG 1977 (Quezonopoli) *Caput IV - De vita nostra religiosa in mundo hodierno*; ACG 1980 (Walberberg) *Caput IV - De vita nostra religiosa in mundo hodierno, Caput V - De Vita Communi*; ACG 1983 (Romæ) *Caput XIII - De gubernio et vita religiosa*; ACG 1986 (Abulensis) *Caput VII – De vita religiosa*; ACG 1989 (Oakland) *Caput II – De vita communi*; ACG 1992 (Mexici) *Caput III – De vita communi*; ACG 1995 (Calarogæ) *Caput III – De Vita communi fraterna*; ACG 1998 (Bononiæ) *Caput III – De formatione et vita communi*; ACG 2001 (Providentiæ) *Caput IV – De vita contemplativa – de vita communi*; ACG 2004 (Cracoviæ) *Caput IV – De vita communi*; ACG 2007 (Bogotæ) *Caput IV – Passion for the Dominican life – Life of the brethren*.

⁶ Fray Vincent De Couesnongle: *La dimension contemplative de notre vie dominicaine* (1982–IDI n° 200); Fray Damian Byrne: *The common life* (1988–IDI n° 262); Fray Timothy Radcliffe: *Freedom and responsibility – Towards a spirituality of government* (1997–IDI n° 353), *Promise of Life* (1998 – IDI n° 361).

En la vida de José no hay intervenciones espectaculares de parte de Dios; José no habla familiarmente con Dios como lo habían hecho sus antepasados (Abraham, Isaac y Jacob); tampoco recibe una nueva revelación o una confirmación de la promesa divina. Sin embargo, Dios está presente en cada acontecimiento de su vida. En la vida de José, Dios incluso se vale de los pecados de los hombres para el bien de este “hermano” nuestro. Más aún, a través de la vida de José, Dios prepara secretamente el nacimiento de su pueblo elegido, un pueblo de hermanos, un pueblo que Él conducirá a la libertad. ¿Acaso la fraternidad y la libertad no son también características fundamentales de nuestra vocación?

Lo sabemos y experimentamos cada día: el pecado nos separa y nos enfrenta a Dios, nos separa y nos enfrenta a los hermanos; nos separa y nos enfrenta a la creación. Como si fuese una fotografía del presente, en tantas realidades en las cuales nos hacemos presentes, esa herida o separación llega a niveles increíbles debido a la ignorancia -ceguera- humana. ¡Qué actuales resultan las presuntuosas palabras de venganza y revancha pronunciadas por Lamec a sus mujeres Adá y Silá!: *Yo maté a un hombre por una herida, y a un muchacho por una contusión. Porque Caín será vengado siete veces, pero Lamec lo será setenta y siete* (Génesis 4, 23-24).

Con la historia de los patriarcas poco a poco se comienzan a “reanudar” aquellas tres separaciones, a restañar dichas heridas. Con la fe obediente de Abraham se reanuda la relación con Dios. Jacob termina reconciliándose con su hermano Esaú. José, viviendo en forma muy sencilla y cotidiana la presencia de Dios, se reconcilia con sus hermanos y sabe relacionarse generosamente con los bienes de la creación de forma justa, equitativa, sabia. En efecto, José es un hombre honesto, leal, incorruptible, capaz de perdonar, trata con justicia los asuntos sociales y políticos a través de una distribución equitativa de los bienes y dando de comer a todos.

I. LOS SUEÑOS DE JOSÉ (Nuestros propios sueños)

José es llamado “el soñador” aunque un poco despectivamente. Sus hermanos parecen odiarlo, intentan ignorarlo, ni siquiera lo saludan. En efecto, José soñaba y contaba sus sueños a los hermanos, pero ellos no los entendían y se burlaban de él rechazándolo.

Sin pretender hablar a expertos en la interpretación de los sueños o al estudio de lo “onírico”, es cierto que con la palabra “sueños” nos referimos también a nuestras ilusiones, expectativas... ¡nuestras esperanzas! La vida cotidiana nos invita de a poco a no prestarles demasiada atención a los sueños ¡suelen engañarnos como espejismos!, ¡son vanos y fugaces! Sin embargo –aún compartiendo ese principio- el libro del Eclesiástico deja constancia de una salvedad: *a no ser que los envíe el Altísimo en una visita* (Cf. Eclesiástico 34, 1-7).

Todos hemos entrado a la vida religiosa con el alma preñada de sueños. Algunas preguntas no se hacen esperar: ¿Qué hemos hecho con aquellos sueños? ¿A dónde fueron a parar? ¿Por qué hemos renunciado tan fácilmente a ellos?

Volvamos al relato. Los hermanos de José no comprendían sus sueños y le tenían envidia... era el preferido de su padre. Para ellos, los sueños de José eran más bien pesadillas. Como nos pasa a veces en las comunidades, quizás los interpretaban solamente en clave de “competitividad”. Suele pasar eso cuando vivimos la relación fraterna solamente en clave de “promoción” o “punición”. Desde esa perspectiva parecemos preocupados por saber siempre “quién será el más grande” ¡tal como les pasaba a los apóstoles de Jesús! (cf. Lucas 9, 46).

Aunque José sea el preferido de su padre, Jacob tampoco llega a comprenderlo del todo. Jacob, en efecto, simplemente *reflexionaba sobre todas estas cosas* (como María –la madre de Jesús- cuando los pastores la visitaron después del nacimiento de su hijo; o cuando junto a su esposo José –también un hombre de sueños y pesadillas - encontraron a Jesús en el templo entre los doctores de la Ley).

Nuestras reuniones comunitarias, capítulos locales, provinciales o generales, ofrecen siempre una ocasión para cuestionarnos y para buscar, juntos, respuestas. Ya desde el inicio de la historia de la salvación –después del pecado original y después del primer fratricidio- Dios hace dos preguntas a Adán y Caín respectivamente. Cada uno de nosotros y toda la Orden deberíamos responderlas en este tiempo tan fecundo que nos toca vivir: *¿Dónde estás?* (Génesis 3, 9); *¿Dónde está tu hermano?* (Génesis 4, 9).

La Orden se dispone a celebrar un nuevo Capítulo general⁷. Frailes de todo el mundo nos volveremos a reunir para responder esas preguntas. Los capitulares recibirán de parte de nuestras comunidades algo así como un “mandato” (semejante al que Jacob dio a su hijo preferido): *Ve a ver cómo les va a tus hermanos y al rebaño y tráeme noticias* (Génesis 37, 14). José –como tantos soñadores - *daba vueltas por el campo* como desorientado. En el relato del Génesis alguien parece volver a José a la realidad preguntándole: *¿Qué estás buscando?* José respondió: *Busco a mis hermanos. ¿Puedes decirme dónde están...?* (37, 15-16). Sin pretender forzar los textos creo que ambas preguntas también ofrecen un marco para comprender más profundamente la vida y vocación del “soñador” (vida y vocación que él mismo descubrirá con mayor claridad, profundidad y realismo, años después). Repito, son las preguntas que nos estamos haciendo hoy y que el Capítulo intentará responder.

Sus hermanos lo divisaron de lejos y dicen: *Aquí viene el soñador...* y luego *¡Veremos entonces en qué terminan sus sueños!* (Génesis 37, 19. 20).

La vida religiosa ofrece a cada uno la posibilidad de contar los propios sueños a los demás, porque –justamente- “los demás”, “los otros” ¡son “nuestros hermanos”! ¿Hacemos partícipes de nuestros sueños a los hermanos? ¿Qué es lo que nos impide hacerlo?

Como tantos otros religiosos y religiosas, hemos elegido un modo de vida que, aún asumiendo ciertas observancias “monásticas” o “regulares” (cf. LCO 39 – 40), no nos sujeta necesariamente a determinado puesto, cargo, lugar, misión, etc. Somos itinerantes y peregrinos, mendicantes de la verdad. El itinerante (según el modelo de la vida de los apóstoles) se sabe enviado y por ello sabe a dónde va, confía en quien lo ha enviado y por ello ama el lugar a donde es enviado. Cuando llegamos al convento y “no podemos” o “no queremos” contar nuestros sueños a nuestros hermanos, tendemos a convertirnos quizás en vagabundos (desorientados y sin rumbo); fugitivos (buscando quizás fuera de casa alguien que nos escuche); extranjeros o forasteros, huéspedes en la propia casa (perdemos las referencias y no sabemos cómo comportarnos).

José sufre porque ha sido rechazado por sus hermanos y si bien no entiende lo que le sucede, paulatinamente comprenderá que Dios no lo ha abandonado. José, efectivamente, es guiado misteriosamente por la Providencia.

José es pastor como sus hermanos. Nosotros tenemos también la misma vocación: somos todos frailes predicadores. Cuando todos hacemos las mismas cosas, a veces no nos gusta que alguien sea diferente, distinto. Este es un enorme desafío. Vivimos tiempos en los cuales pareciera que cierto “narcisismo individualista” también adquiere “máscaras gregarias”. Se forman grupos cerrados,

⁷ Será, Dios mediante, el 287º Capítulo General de la Orden; cf. Innocentius Taurisano OP, *Hierarchia Ordinis Prædicatorum – Prima Pars* (Romæ 1916) 18-25; cf. Angelus Walz OP, *Compendium Historiæ Ordinis Prædicatorum* (Romæ 1958) 699-700.

bandas, maras, *gangs* o *fans*, hinchadas deportivas (barras bravas, *tifosi*, *hooligans*) que incluso repiten escrupulosamente hábitos y conductas creando nuevos mitos. No aceptan diferencias sino para identificarse a sí mismos y para combatir de diversos modos a quienes “no son de los nuestros” ¡Como le sucedía al joven y algo intolerante apóstol Juan! (Cf. Lucas 9, 49 y 9, 54).

En la vida de las comunidades suelen aparecer este tipo de actitudes a través de frases como «aquí siempre se ha hecho así»; «si no le/s gusta que se vaya/n». Es curioso y hasta paradójico, porque en tiempos de escasez vocacional (al menos en algunos sitios, países o regiones) mientras pedimos que el Señor nos envíe santas y numerosas vocaciones, miramos con microscopio a cada uno (no me refiero ciertamente al necesario discernimiento vocacional) y llegamos a pensar incluso que quizás seríamos más felices si “ellos” no hubiesen llegado a casa con su equipaje lleno de preguntas, sueños, ilusiones y modos de “ser hermano”.

En este contexto me pregunto: ¿Para qué queremos hoy vocaciones de frailes predicadores? ¿Tendríamos el coraje de acoger en este momento de la historia como hermanos nuestros a quienes hemos venerado “ayer” debido a su gran pasión por Dios y por el Evangelio?

II. LOS SUEÑOS DE LOS DEMÁS (Los sueños de nuestros hermanos)

Conocemos la historia de José y sus hermanos. Ellos lo atacan, lo venden a los mercaderes... No obstante *El Señor estaba con él*. Esta es una frase que en la vida de José se va repitiendo como una antifona responsorial, como una letanía.

José finalmente es vendido a Putifar, funcionario del Faraón. Putifar aprecia rápidamente las cualidades de José y lo nombra mayordomo poniéndolo al frente de su casa y confiándole la administración de todos sus bienes...

¡Ay de los soñadores que son nombrados administradores! Sin embargo en esta historia... este paso ayuda a nuestro hermano José para que –de alguna manera- aprenda a aterrizar sus sueños (fíjense que no digo “a dejar de soñar”, sino más bien “a aterrizar sus sueños” ¡a hacerlos realidad! ¡a encarnarlos!). A medida que pasan los años, las diversas tareas encomendadas en nuestras comunidades e instituciones nos ayudan a ir encarnando nuestros sueños. Toda reunión de hermanos (capítulos) debiera servir para volver a la pregunta ya hecha: ¿Qué hemos hecho de los sueños que trajimos a la vida religiosa? ¿Qué hemos hecho del amor inicial? (Cf. Apocalipsis 2, 4)

Pero la honradez de José no es recompensada y nuevamente se ve envuelto en la mentira. Conocemos lo que le pasa con la mujer de Putifar. No me referiré a las tentaciones que surgen cuando a veces los sueños (el amor inicial) se entibia ante la sucesión de los días, los trabajos, las tareas que nos ocupan ¡la cotidianeidad de lo cotidiano! Simplemente quisiera detenerme en dos aspectos que tocan de cerca el significado actual de nuestra fraternidad dominicana.

Me impresiona mucho cuando visito las provincias y comunidades el –demasiado fácil- recurso a la denuncia y la acusación, sobre todo cuando se juzgan personas y sus intenciones. Lo usamos muchas veces para justificarnos, para tomar distancia de los problemas reales o de lo que realmente está pasando. Lo usamos para tomar distancia de lo que le pasa a un hermano ¡de lo que nos está pasando! (no somos ajenos al típico mecanismo de proyectar sobre los demás nuestros cuitas).

Entonces vienen a mi mente las palabras con las cuales el Apocalipsis describe la tarea del Diablo: *el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba ante Dios día y noche* (12, 10). Al contrario, la Primera Carta de San Juan, nos consuela y alienta siempre cuando constatamos que *si alguno peca*,

tenemos un defensor ante el Padre: Jesucristo el Justo (2, 1). ¿Cuál es nuestro “papel” cuando nos referimos a nuestros hermanos: somos sus acusadores o defensores?

José fue a parar a la cárcel... *Pero el Señor estaba con él y le mostró su bondad*. En efecto, hizo que se ganara la simpatía del jefe de los carceleros y éste confió a José todos los prisioneros que había en la cárcel. A partir de entonces él dirigía todo lo que allí se hacía. El jefe de los carceleros no vigilaba absolutamente nada de lo que había confiado al soñador, porque “el Señor estaba con él” y hacía prosperar todo lo que él realizaba. El soñador parece dejar definitivamente ese “rol” para convertirse en un buen administrador. Sabemos en qué consiste administrar. Dar a cada uno lo que necesita ¡no necesariamente “lo que pide”!

José no ha sido pagado hasta ahora según justicia. Ha conocido el odio de sus hermanos; luego -en casa de Putifar- han pagado mal su lealtad. No obstante, José era un hombre justo. Esa es la virtud por antonomasia en el Antiguo Testamento, que incluso adquiere las dimensiones de la “santidad”. Vale la pena detenernos en la justicia de José.

Son célebres los principios fundamentales del Derecho atribuidos al jurista Ulpiano⁸: *honeste vivere, alterum non lædere, suum cuique tribuere* (vivir honestamente, no dañar a nadie, dar a cada uno lo suyo). Santo Tomás de Aquino es deudor de esta tradición romana clásica y afirma que justo es aquel que practica la justicia. Ahora bien “ser justo” no significa obrar según justicia de vez en cuando o en casos aislados. Cuando hablamos de la virtud de la justicia entendemos por ello la perpetua y constante voluntad de dar a cada uno lo suyo (“lo suyo” es “lo que le corresponde a cada uno” o “su derecho”). Por ello, una de las características principales de la justicia es la “alteridad”, la presencia del “otro”. La justicia exige siempre la relación con el otro. Esta justicia “*ad alterum*” es la manifestación por excelencia de la rectitud integral de la persona, que incluye todas sus relaciones con los demás, con el uso de las cosas y también consigo mismo. De allí su correspondencia con el sentido mismo de “santidad”.

Fray Jordán de Sajonia nos ayuda a traducir esto en el lenguaje y modo de vida de la Orden. Según la *Vita Fratrum* de fray Gerardo de Frachet, un seglar le preguntó a Fray Jordán por la regla que profesaba, y él respondió: «La regla de los frailes Predicadores es esta: *honeste vivere, discere et docere* (vivir honestamente, estudiar, enseñar); aquellas tres cosas que pidió David al Señor cuando dijo *Enséñame la bondad, la ciencia y la disciplina* (Salmo 118, 66)»⁹.

Pero volvamos a la historia del “soñador”. Estando José encarcelado, son condenados a prisión dos funcionarios del Rey de Egipto: el copero mayor y el panadero mayor. ¡Son los que aseguran al Faraón el pan y el vino cotidianos!

Ambos, en el transcurso de la misma noche, han tenido un sueño, cada uno con su significado propio. Aparentemente José ha dejado de soñar hace tiempo (o al menos no se anima a contar a nadie sus sueños). Las experiencias que le han tocado vivir lo han devuelto a una dolorosa realidad: el desamor de sus hermanos, la mujer de Putifar, la cárcel... ¡tantas mentiras, acusaciones y denuncias!

Durante las visitas a las diversas provincias y comunidades, al leer las Actas de los Capítulos, es interesante contemplar cómo los hermanos nos transmiten las realidades que viven. Algunas –es cierto- parecen verdaderas pesadillas; otras manifiestan bellas experiencias vocacionales que dilatan el alma y hacen soñar un futuro mejor.

⁸ *Eneus Domitius Ulpianus* († Roma 228).

⁹ Geraldus de Frachet, *Vita Fratrum* (ed. Reichert, MOPH t. 1), II pars, cap. XLV, III.

José es un administrador. El administrar “para otros”, teniendo en cuenta “las necesidades de los otros”, hace que José también aprenda o descubra en esta etapa de su vida, aún en la cárcel, que los otros también se alegran y entristecen, sueñan y tienen pesadillas.

José es un prisionero, ha rumiado una y mil veces su historia, pero no se cierra en sus propios pensamientos, paralizado en un ensimismamiento estéril. Atento y contemplativo, compartiendo la misma cárcel, sólo él parece ser capaz de descubrir el rostro deprimido de los dos funcionarios del Faraón. Entonces les pregunta: *¿Por qué están hoy con la cara triste?* (Génesis 40, 7). No se trata de un reto de reprobación, se trata de una constatación que -dentro de una cárcel- adquiere una cierta relevancia ¿podría uno acaso tener otra cara cuando está privado de la libertad? José ve más allá. Verdaderamente no hay pregunta más simple o cotidiana que esa: “¿Por qué tienes esa cara triste?”. Sin embargo ¡cuánta vida puede contener! La vida comunitaria de cada día nos familiariza con frases –también cotidianas- que están cargadas de vida. Hay diálogos que comienzan de modos muy sencillos y terminan siendo muy fecundos. Conocemos la simple invitación de Jesús a la Samaritana: *Dame de beber* (Juan 4, 7)... También aquella a los discípulos de Emaús: *¿Qué comentaban por el camino?* (Lucas 24, 17). Conocemos cómo concluyen ambos encuentros. Son historias vocacionales.

Los compañeros de prisión de José dicen: *Hemos tenido un sueño y aquí no hay nadie que lo interprete*. José reconoce humildemente: *la interpretación es obra de Dios: pero de todos modos cuéntenme lo que soñaron* (Génesis 40, 8). Este episodio en la vida de José me parece significativo. Él no es el único que tiene sueños. “Los otros” también tienen sus propios sueños (¡o pesadillas!). No basta, como en su juventud (¿en la nuestra?) pretender que los demás se detengan a escuchar nuestros sueños... Llega un momento en el cual es necesario descubrir no sólo la “existencia” y/o “presencia” de los hermanos. Es clave interesarnos por lo que les pasa, es vital saber que ellos también tienen sueños y proyectos.

¡Qué importante es reconocer los sueños de los demás! Me refiero especialmente a los sueños de los hermanos, los sueños de aquellos que viven con nosotros y los de todos aquellos que comparten nuestra vida de alguna u otra forma, colegas o compañeros de trabajo, los destinatarios de nuestra predicación y los que nos predicán. Pienso en los sueños de la gente; los sueños de aquellos que llamamos “el común de la gente” o “la gente común”. El círculo se va ampliando, es necesario conocer los rostros y los sueños de aquellos a quienes queremos servir...

Es verdad, “interpretar” es obra de Dios, pero sabemos que Él nos quiere sus instrumentos. Entender, comprender, contemplar lo que les pasa a los hermanos (sus sueños, expectativas, ilusiones, miedos, angustias), exige de nuestra parte silencio y paciencia (paz y ciencia); escucha y atención; prudencia y docilidad; sentido del misterio, de lo sagrado, en la vida de los demás.

La prudencia es la principal de las virtudes morales pues es guía y maestra. Pero para ser prudentes es importante ser dóciles. La *docilitas*, parte de la virtud de la prudencia, no consiste tanto en aceptar lo que otro nos dice como en “el-saber-dejarse-decir-algo”.

Conocemos lo que pasó con José. El soñador de un tiempo interpreta ahora los sueños de sus compañeros de suerte (para uno un sueño y volver a vivir; para el otro una pesadilla y la muerte). Los vaticinios se cumplieron. José le pidió al coperero que no se olvidara de él cuando saliera de la cárcel... pero éste se olvidó (cómo fácilmente se olvidan los sueños). Una vez más José sufre en carne propia el olvido de los demás.

En nuestra vida comunitaria y apostólica sufrimos muchas veces dificultades diversas; son experiencias de libertad limitada por distintas circunstancias de la vida: determinadas tareas, trabajos, ocupaciones, enfermedades físicas, psicológicas o del espíritu, incomprensiones, malentendidos, etc.

A la luz de la difícil experiencia de José podemos contemplar nuestras propias actitudes y su relación con los hermanos. José, en efecto, es un hermano, como nosotros. Ante sus dificultades, José no se hace la víctima lamiéndose sus propias heridas. ¿Por qué solemos acusar siempre a los demás de todo lo que nos ocurre como si los otros solamente fueran los responsables o culpables de nuestra suerte? José tampoco alimenta un sentido trágico de la vida. ¿No agotamos y agostamos nuestra fraternidad rumiando interminables y estériles lamentaciones como “La vida no tiene sentido” o “¿Acaso no se los había dicho?” Parecemos a veces profetas de calamidades, más interesados en tener razón que en lo que pueda o no pasar. José no reduce las dificultades que está atravesando a una cuestión de “culpas” (propias y/o ajenas) o “culpables”. ¿No solemos echarnos la culpa de todo quizás buscando tortuosamente la compasión de los demás? ¿No pensamos que todo lo que nos pasa es por culpa de “alguien”? José no gesta en su corazón deseos de venganza o revancha. ¡Nos pasa cuando caemos en la tentación de imitar a Herodías, compañera de Herodes, exigiendo siempre en una bandeja la cabeza de los supuestos enemigos, a quienes consideramos obstáculos del propio bienestar o felicidad! ¿No es triste incluso exhibir el propio dolor, la violencia física o psicológica, como recurso para presionar o aún castigar a la comunidad?¹⁰ José no se pasa el día apelando a las autoridades para conmoverlas por lo que le pasa. A veces, además de pasarnos la vida mirándonos a nosotros mismos, pretendemos que los demás nos miren también. ¡Qué cómodo es instalarnos en el papel de “víctimas”! En definitiva, en la situación que le toca vivir, aparentemente sin salida, el hijo predilecto de Jacob no opta por auto- lesionarse para que todos le tengan lástima. Él pone su confianza en Dios y se hace disponible a sus compañeros de suerte ayudándolos en todo lo que sea posible. De ese modo Dios va purificando su corazón e inteligencia, su alma ¡su vida!

Nos pasa, quizás, que jugamos al escondite con los hermanos, con la vida, con Dios, ocultándonos detrás de diversos modos de auto conmiseración –o de auto suficiencia- más o menos disfrazados de humildad¹¹. Poco a poco estas actitudes nos van alienando de todo (de la realidad) y de todos (de la comunidad fraterna).

La historia de José adquiere un dramatismo que parece ir *in crescendo*. ¡Resulta ahora que el Faraón también sueña pero los magos y sabios de Egipto no logran descifrar su significado! Entonces el olvidadizo copero recuerda a José y “el soñador” es llamado a interpretar los sueños de la más grande autoridad en Egipto. José vuelve a insistir: *No soy yo sino Dios, el que dará al Faraón la respuesta conveniente* (Génesis 41, 16).

La vida de fraile, de hermano, sin otra pretensión que eso: ser hermano, nos lleva a escuchar los gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los hombres y mujeres de hoy¹². ¡Cuántos niños y jóvenes, mujeres y hombres, hermanos y hermanas tienen sueños para los suyos, sus familias, sus pueblos, sus países! El ministerio de la fraternidad exige escuchar, conocer e interpretar esos sueños. ¿Por qué a veces no creamos el espacio necesario para que nuestros hermanos puedan contarnos sus sueños? ¿Qué situaciones o actitudes lo dificultan?

El Faraón reconoce la prudencia y sabiduría de José y lo nombra Primer Ministro, poniéndolo al frente de todo el territorio de Egipto. José tenía treinta años. Podríamos decir que ha terminado su

¹⁰ No es lo mismo quejarnos por lo que nos molesta o duele que la corrección fraterna tal como nos lo enseña Jesús en el Evangelio (cf. Mt 7, 15; 18, 15-18). La corrección fraterna consiste en buscar –movidos por la caridad- no el castigo sino la enmienda de los hermanos. Santo Tomás la considera uno de los actos propios o efectos de la caridad (cf. II-II, q. 31, prol. y q. 33).

¹¹ Cf. Benedicto XVI, *Homilía en la Misa de apertura de la XI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos* (2 de octubre, 2005).

¹² Cf. *Gaudium et Spes* 1.

formación, “es considerado un hombre maduro, puesto que enseña a otros hombres y asume múltiples funciones”¹³.

En esta etapa de su vida José ya no se deja llevar por los sueños de su adolescencia. Ya puede dar vuelta la página a una vida tormentosa o atormentada, una vida –hasta ahora- triste y amarga. El nombre que pone a sus dos hijos manifiesta ese deseo: *Manases* (Dios me ha hecho olvidar por completo mis penas y la casa paterna) y *Efraín* (Dios me ha hecho fecundo en la tierra de mi aflicción).

El buen administrador es el hombre realista por excelencia; siembra y cosecha; recoge y distribuye; vigila y cuida; controla y gestiona; tasa y mide; paga y cobra. En el Evangelio, Jesús usa la imagen del administrador en varias parábolas –recordamos especialmente la de los talentos- para hablar de la fidelidad.

José es un hombre fiel, y lo manifiesta en su trabajo de administrador. Ha sido fiel en lo poco y lo será en lo mucho. Hasta este momento, estamos asistiendo a un final feliz y largamente esperado. Si en el Antiguo Testamento la bendición de Dios se manifestaba principalmente en la buena salud, la descendencia y la abundancia de bienes ¡entonces podemos decir que José finalmente es bendecido por Dios! José administra la riqueza de Egipto, ha formado una familia en la tierra que lo ha aceptado como su hijo adoptivo, es justo y sabio, teme a Dios. ¡Ahora sí podrá olvidar definitivamente su triste historia!

Pero –al menos en la Biblia- sabemos que no es bueno “olvidar”. El pueblo, el hombre justo que sufre, el perseguido, piden a Dios: “no nos olvides”. Dios también pide a su pueblo que no olvide su Alianza y sus Mandamientos, su obra creadora, liberadora y salvadora. Es importante hacer / tener memoria. Sabemos el significado etimológico de recordar (*re*: volver / *cor-cordis*: corazón) y de “remember” (*re*: volver / *member*: organizar o unir lo que está suelto o –justamente- “desmembrado”). José debe recordar y volver a unir los pedazos sueltos de su historia, una historia ligada a la de sus hermanos.

Una vez terminados los años de abundancia- el pueblo sintió hambre y pedía a gritos al Faraón que le diera de comer. Éste respondió: *¡Vayan a ver a José y hagan lo que Él les diga!* (Génesis 41, 55). Son palabras semejantes a las que María dijo a los servidores en Caná de Galilea, ante una dificultad semejante: se ha acabado el vino en medio de una fiesta de bodas.

III. LOS SUEÑOS DE DIOS (Nuestra vocación)

De todas partes iban a Egipto a comprar cereales a José, porque el hambre assolaba toda la tierra. En su tierra natal, golpeada también por la sequía y el hambre, Jacob amonesta a sus hijos: *¿Por qué se quedan allí mirándose unos a otros?* (Génesis 42, 1). Él ha oído que en Egipto vendían cereales... por ello sentencia: *Vayan allí y compren algo para nosotros. Así podremos sobrevivir y no moriremos* (Génesis 42, 2). Conociendo a Jacob, podemos intuir de dónde le viene a José ese sentido práctico. Su padre ha sido siempre muy práctico (incluso se ha permitido hacer trampa muchas veces para salirse con la suya... aunque en esto José es diverso).

¿Podemos reducir nuestra vocación a “ser frailes” o “hermanos” a una cuestión de “supervivencia”? Dios quiere la vida ¡no quiere simplemente que “sobrevivamos”! Reflexionemos estas cosas imaginando nuestra presencia, misión, predicación y los destinatarios de nuestra predicación ¡todos

¹³ Cf. LCO 1 § VI.

los que esperan de nosotros el pan partido de la Palabra! Cada vez es más evidente y profética la intuición de aquellos que como Santo Domingo de Guzmán no han dudado en entregar su vida, gastándola y desgastándose por los demás, por “la predicación y la salvación de las almas” (cf. 2 Corintios 12, 15; LCO 1 § II). Dios ama la vida y quiere que tengamos vida, y vida en abundancia (cf. Juan 10, 10). En el Triduo Pascual hacemos memoria de la pasión, muerte y resurrección de Jesús. Se trata de algo definitivamente nuevo. A veces parecemos sólo portavoces de las resurrecciones de la pequeña hija de Jairo, del primogénito de la viuda de Naím o del amigo Lázaro de Betania (que volvieron a vivir “exactamente la misma vida de un tiempo atrás”, “la vida de antes”, ¡pero para morir nuevamente!). Soñamos con tiempos que ya se han ido y pretendemos que todo sea nuevamente como era entonces, porque todo tiempo pasado fue mejor ¡Cuando teníamos 40 años o como en los años 40! (Para otros los ’50, los ’60, los ’70, los ’80...).

Sin temor a equivocarme, diría que el insulto más terrible que el relato de la Pasión de Jesús nos presenta, no consiste tanto en las burlas, los escupitajos o puñetazos; la flagelación o la coronación de espinas; el condenarlo a la crucifixión. El insulto que resume de veras el drama de la cruz y de la humanidad lo encontramos en una frase corta y lacerante, antigua y moderna: ¡*Sálvate a ti mismo!*. Las autoridades religiosas, los soldados, los paseantes y curiosos, el malhechor a su lado todos lo desafían de una u otra forma con esas palabras. Es como decir: “arréglate como puedas”; “haz la tuya”; “es tu problema, no el mío”; “allá tú”...

José tenía plenos poderes sobre el país y distribuía raciones a toda la población. José es un hombre justo. Sabemos que además de la justicia “conmutativa” existe la justicia que es propia de aquel a quien se le ha dado cierta autoridad y llamamos “distributiva”. En efecto, quien tiene autoridad no pretende dar o exigir lo mismo a / de todos los que tiene a su cuidado. Reparte o distribuye, exige o pide, de un modo “proporcional” y no meramente “aritmético” ($1 = 1$) según las obligaciones o necesidades del “otro”.

Hemos experimentado domésticamente la justicia distributiva cuando alguien distribuye los platos de comida a los comensales según las necesidades o gustos de cada uno sin que por ello pueda ser tachado de injusto. Así el prior o el ecónomo exige o pide a cada fraile lo que le corresponde (lo suyo) teniendo en cuenta una medida de justicia que es proporcional (según cada uno, sus capacidades, dificultades, necesidades, etc.) Eso no significa hacer acepción de personas (la parábola de los talentos vuelve a ser gráfica en este sentido). La vida comunitaria, la vida fraterna en común, lo sabemos, no se construye solamente en base a una justicia conmutativa (aritmética) sino también de acuerdo a la justicia distributiva (o proporcional).

Por supuesto, es el amor misericordioso la raíz o el presupuesto teológico, el alma que da vida, anima y señala la finalidad última y sobrenatural de nuestra vocación. Ese amor perfecciona y supera la justicia, la funda y la supone¹⁴.

San Pablo nos enseña que la justicia de Dios se manifiesta en la justificación de todo aquel que cree en Jesús (cf. Romanos 3, 25-26). Esta revelación de la justicia divina que nos hace justos (*justificante*), no sólo nos lleva a una visión más plena de las relaciones entre la justicia y la misericordia en Dios¹⁵ sino que nos exige también un nuevo estilo de vida fraterna (cf. 1 Corintios 13, 4-7; Santiago 2, 13).

La caridad va más allá de la justicia, pero nunca carece de justicia, la cual lleva a dar al otro lo que es “suyo”, lo que le corresponde en virtud de su ser y de su obrar. No puedo “dar” al otro de lo mío sin

¹⁴ Cf. *Summa Theologiae* I, q. 21, aa. 3-4.

¹⁵ Cf. Santo Tomás de Aquino, *Scriptum super libros Sententiarum*, I, d. 43, q. 2, a. 2 ad 4.

haberle dado en primer lugar lo que en justicia le corresponde. La caridad exige la justicia, la supera y la completa siguiendo la lógica de la entrega y del perdón¹⁶.

José es el administrador, un buen administrador. Ha llegado ahora, finalmente, a “tener todo bajo control”. Pero cuando todo parecía “OK” ¡He aquí que sus hermanos llegan a Egipto! Sin conocer la identidad de quien los recibe, ellos se postran ante él con el rostro en tierra. José, en cambio, los ha reconocido pero los trata como si fuesen extraños... (Conocemos los detalles, por lo tanto no me detendré en ellos).

La primera frase que en la Biblia el hombre (varón) pronuncia frente a la mujer que Dios le dio es: *¡Esta sí que es carne de mi carne y hueso de mis huesos!* (Génesis 2, 23). Son palabras muy orientales, de la buena tradición hebrea. Imágenes físicas o materiales -carne y huesos- se usan para describir realidades más profundas, espirituales: la complementariedad, la “ayuda adecuada”. Descubrimos en esas palabras, en contextos diferentes y a la vez semejantes, una profunda analogía. Podemos aplicarlas por ello a la fraternidad. José está frente a sus hermanos, ellos son carne de su carne, sangre de su sangre, “astillas del mismo palo” diríamos en castellano latinoamericano.

Cuando José pensaba dar definitivamente la espalda a su pasado (al que había querido controlar como controlaba los bienes que administraba), se enfrenta cara a cara con sus hermanos, con su historia, con su propia vida. No podemos esconder o dejar entre paréntesis los diversos aspectos de nuestra vida. A veces quisiéramos hacerlo pero ya no seríamos hombres sino apariencias, como muñones o despojos de humanidad. De allí, repito, la importancia bíblica del “recuerdo” o “la memoria”.

José entonces *se acordó de los sueños que había tenido acerca de ellos...* (Génesis 42, 9). Entonces los trató con dureza y los puso a la prueba. A pesar de ello, al reconocerlos como sus propios hermanos, José comenzó –a pesar del dolor que provocó su presencia - a sanar su historia.

Solemos recordar la famosa frase de San Gregorio Nacianceno (329-391): «Lo que no ha sido asumido, no ha sido curado» (no ha sido sanado, redimido, salvado). Hemos aprendido a aplicar esta verdad cristológica también, de modo análogo, en ámbitos diversos y semejantes: nuestra vida anterior al ingresar en la Orden y en nuestra vida religiosa; en la comunidad y en el ministerio de la predicación; lo aprendemos en la historia y en nuestra propia historia; en la vida cotidiana de nuestros conventos, provincias y en la de nuestra Orden. Es una constatación cotidiana que toca los más variados aspectos de nuestra vida: el físico y biológico; también el psicológico y sociológico; el moral y espiritual. Lo que no se asume no se sana.

En el momento en el cual el “soñador” prefirió olvidar... la pregunta de Dios a Caín, volvió a exigir de José una nueva respuesta: “¿Dónde están tus hermanos?”. Aquella pregunta de su juventud – proemio a una etapa dolorosa de su vida- vuelve a aparecer con renovado dramatismo: *Busco a mis hermanos, ¿puedes decirme dónde están...?* La respuesta de la providencia divina –que nunca lo ha abandonado y que nunca ha abandonado a los suyos- convulsiona su corazón: ¡Allí están, frente a ti! ¡A tu lado! Algo semejante nos sucede cuando miramos en torno y re-conocemos quiénes son nuestros hermanos. ¡Éste es mi hermano! ¡Estos son mis hermanos! (y no el / los que imagino). No podemos pretender que ellos cambien para aceptarlos como tales y amarlos.

Cuando Dios pidió a Caín por su hermano, él –evitando responder la verdad- se escondió detrás de su propia pregunta: *¿Acaso soy el guardián de mi hermano?* En Cristo, y desde la vocación que nos ha convocado, no podemos repetir esa escena. Ocurre que, en realidad, no somos “guardianes de nuestros hermanos” ¡somos nada más y nada menos que hermanos de nuestros hermanos!

¹⁶ Cf. Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, n° 6.

Hay mucho que reconciliar en la familia de Jacob y de José. Hace falta tiempo y espera para hacerlo. En el Génesis vemos cómo es necesario proceder por etapas. No es posible imponer un ritmo “empresarial” a la historia, al querer sanar las heridas personales y comunitarias... Éstas sólo se redimen a través de un ritmo eminentemente contemplativo. De hecho conocemos la continuación de la historia de José y sus hermanos: la vuelta de éstos a Canaán; el segundo viaje a Egipto con Benjamín; un nuevo encuentro con José; la última prueba de José a sus hermanos; la intervención de Judá en favor de Benjamín; etc.

Vayamos al desenlace. José ya no pudo contener su emoción y dice a los suyos: “*Yo soy José*”... “*Acérquense un poco más*” y cuando ellos se acercaron, añadió “*Sí, yo soy José, el hermano de ustedes, el mismo que vendieron a los egipcios*”... Después besó a todos sus hermanos y lloró mientras los abrazaba. Sólo entonces, sus hermanos atinaron a hablar con él (Génesis 45, 3-4. 15).

Las lágrimas parecen definitivamente purificar la mirada de su corazón. A través de este verdadero tsunami afectivo, habiendo pasado 15 años desde aquel terrible episodio cuando fue vendido por sus hermanos, es capaz de descubrir ahora el sentido de toda su vida y de todo lo que ha pasado... Ha debido recorrer un camino largo y tortuoso para purificar, reconstruir y reconciliar su historia fraterna.

Sus palabras iluminan: *Ahora no se aflijan ni sientan remordimiento por haberme vendido. En realidad ha sido Dios el que me envió delante de ustedes para preservarles la vida. Hizo que yo les precediera para dejarles un resto de tierra y salvarles la vida librándolos de una manera extraordinaria... Ha sido Dios y no ustedes el que me envió aquí...* (Génesis 45, 5-8). Esta reacción no es simplemente fruto de emociones pasajeras. Tiempo después, al ver que su padre Jacob había muerto, los hermanos de José se dijeron: “*¿Y si José nos guarda rencor y nos devuelve todo el mal que le hicimos?*”. Frente a él se postraron y dijeron: “*Aquí nos tienes: somos tus esclavos*”. Pero José respondió: “*No tengan miedo. ¿Acaso yo puedo hacer las veces de Dios? El designio de Dios ha transformado en bien el mal que ustedes pensaron hacerme, a fin de cumplir lo que hoy se realiza: salvar la vida de un pueblo numeroso. Por eso no teman, yo velaré por ustedes y por las personas que están a su cargo*” y los consoló, hablándoles al corazón (Génesis 50, 15. 18-20).

José, el soñador, tuvo dificultades con sus hermanos cuando quiso darles a conocer sus sueños. Eso marcó su vida. Pero la misma vida, poco a poco, le hizo reconocer, descubrir, que también los demás tienen sueños. Desde esa experiencia ha escuchado los sueños ajenos e incluso ha querido –en nombre de Dios- interpretarlos. Pero no imaginó que al abrirse a esa posibilidad (sentir como propias las necesidades ajenas, escuchar pacientemente a los demás y hacer lugar a los demás en su corazón) Dios le estaba dando a conocer sus propios sueños -¡son sueños de salvación y liberación!- para él, para sus hermanos, para su pueblo.

Si nuestros sueños manifiestan nuestros proyectos, ilusiones, ideales... escuchar los sueños de los demás puede abrirnos el corazón a los proyectos, ilusiones, ideales y expectativas de los otros... ¡Pero los sueños de Dios para cada uno de nosotros y para todos los hermanos señalan el sentido más profundo de nuestra vida, de nuestra vocación! ¿Acaso la propia vocación no es la expresión concreta de los sueños que Dios tiene para cada uno y para todos? Los “sueños” de Dios para cada uno son nuestra vocación. Son nuestros hermanos quienes nos lo recuerdan. Cuando Dios nos revela sus sueños (como lo hará también con José –prometido de María- cuando el carpintero decidió repudiarla en secreto) nos da a conocer un camino vocacional que supera todo lo que pudimos desear o pensar para nosotros y para los demás; todo lo que los demás podían soñar para nosotros... (cf. Isaías 55, 8)

La historia de José termina – ¿podía ser de otra manera?- con un último “sueño” (entendido ahora como “revelación”): *Finalmente José dijo a sus hermanos: “Yo estoy a punto de morir, pero Dios los visitará y los llevará de este país a la tierra que prometió con un juramento a Abraham, Isaac y a Jacob”* (Génesis 50, 24). Es el preludio a la historia vocacional de un pueblo, ya no solo de la familia de Jacob, que tendrá su culminación en la misión del Hijo predilecto quien, buscando también a sus hermanos, será vendido por algunas monedas y se convertirá en principio de vida nueva a través de su muerte y su resurrección.

Nuestras vidas y la vida de nuestras comunidades locales, provinciales y la de toda la Orden, también necesitan un camino de reconciliación. No se trata de lograr por arte de magia un final feliz. La reconciliación exige “ponerse en lugar del otro” (cf. Génesis 44, 33). Esto es lo que los hermanos aprendemos a través de una pedagogía nada fácil. Para ello hay que aprender a leer la propia historia, las de nuestras fraternidades (comunidades) y descubrir el modo como la Providencia ha obrado y obra en nosotros, con paciencia, humildad y perseverancia.

Todo hombre es mi hermano

José es el prototipo del hombre justo, del prudente, del sabio. Un verdadero hermano. Ya hemos hablado de la justicia. La prudencia es la virtud de la razón práctica que relaciona los principios del obrar moral con la realidad tal como se presenta aquí y ahora. La sabiduría principalmente consiste en distinguir entre tantas cosas qué es lo principal, lo necesario y qué es lo accesorio y secundario. Qué es lo sustancial y qué lo accidental.

Hemos leído la vida y misión de José de un modo nuevo. Él no ha querido centrar en sí toda su historia. Desde esta perspectiva podremos comprender la profecía de Isaías: *No se acuerden de las cosas pasadas, no piensen en las cosas antiguas; yo estoy por hacer algo nuevo; ya está germinando ¿no se dan cuenta?* (43, 18-19)... porque *Yo hago nuevas todas las cosas* (Apocalipsis 21, 5)

Esta historia de fraternidad, de gozos y esperanzas trenzados con dolor y angustia, nos ayuda a comprender a la luz del Evangelio qué significa vivir la Pascua, muerte y resurrección. No se trata de volver a lo de antes, a volver a vivir como antes, como por un mágico encanto. Todos han madurado al volver a encontrarse con Jacob (el padre), han aprendido, en un sentido muy concreto y a través de no pocos sufrimientos, a amar. La vida de cada uno estaba ligada misteriosamente a la de los demás (y todos han recibido la vida del mismo padre). A lo largo de las vicisitudes de la vida descubrieron el amor del padre que los hizo hermanos. No hay fraternidad sin filiación. El encuentro de los hermanos, con José, en torno a su padre Jacob, después de tantas incomprendiones, celos y envidias, abrió el horizonte de la revelación a algo mucho más grande que a una mera paz “doméstica”. La fraternidad es un don que conlleva (convoca) a una misión universal: ellos formarán un pueblo, el pueblo elegido.

Estas páginas del Génesis nos ayudan a renovar nuestro compromiso evangélico: la fraternidad construida a través de palabras de gracia y verdad, escucha y misericordia. Sabemos por experiencia que nuestras palabras pueden herir o destruir a los hermanos ¡Pero también pueden despertar lo más noble que hay en nosotros creando infinitas posibilidades de vida! Como las que José pronunció a sus hermanos a quienes *consoló, hablándoles al corazón* (Génesis 50, 21 b).

La historia de José nos enseña que Dios no es sordo a lo que le decimos. José también ha aprendido a escuchar, aún en situaciones difíciles, como la prisión. Conocemos la íntima relación entre “escuchar” (*audire*) y “obedecer” (*obædire*). El Señor ha sembrado en nuestros corazones la capacidad de escuchar. ¡Cuántos dramas humanos, familiares o comunitarios surgen a partir de la

falta de escucha! Por eso solemos reunirnos en comunidad para escuchar juntos la voz de Dios (oración comunitaria) y escucharla a través de las voces de los hermanos (reuniones y capítulos comunitarios). También comunitariamente estamos llamados a escuchar a quienes comparten nuestra misión y a los destinatarios de la misma (misión comunitaria).

José, al ver a sus hermanos hambrientos en Egipto, comprende finalmente que el designio de Dios ha transformado en bien el mal que ellos habían pensado hacerle. Abriendo José su corazón a los sueños de los demás, Dios le dio a conocer sus propios sueños. Sueños de Dios para él, para sus hermanos, para su pueblo. Por ello, a imagen de Dios, también José es misericordioso y perdona.

Como hermanos predicadores, reconocemos también en Santo Domingo esas mismas entrañas de misericordia y compasión. Pienso que las más bellas palabras acerca de Nuestro Padre son las del Beato Jordán cuando escribe en el *Libellus*: **Todos los hombres cabían en la inmensa caridad de su corazón, y amándolos a todos, de todos era amado**¹⁷.

Leemos en nuestras Constituciones: «Para que cada convento sea en verdad una comunidad de hermanos, acéptense todos y acójense mutuamente como miembros de un mismo cuerpo, distintos ciertamente por su índole y oficio, pero iguales en el vínculo del amor y de profesión» (LCO 4 § I).

Por ello los frailes, de acuerdo entre sí por la obediencia, asociados en un amor más elevado por la disciplina de la castidad y dependiendo más estrechamente unos de otros por la pobreza, de esta manera queremos edificar primero en nuestros propios conventos la Iglesia de Dios que, mediante nuestra vida y misión, hemos de extender por el mundo (cf. LCO 3 § II).

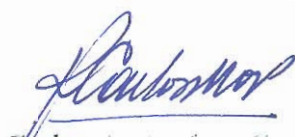
¿Podremos lograr alguna vez esta fraternidad por nosotros mismos? Nuestra sociedad cada vez más globalizada nos hace quizás más cercanos, pero no necesariamente más hermanos. En efecto, «la razón, por sí sola, es capaz de aceptar la igualdad entre los hombres y de establecer una convivencia cívica entre ellos, pero no consigue fundar la hermandad. Ésta nace de una vocación trascendente de Dios Padre, el primero que nos ha amado, y que nos ha enseñado mediante el Hijo lo que es la caridad fraterna»¹⁸.

Esta “perla” preciosa, nuestra fraternidad dominicana, es *pregón que alcanza a toda la tierra, lenguaje que llega hasta los límites del orbe* [Salmo 19 (18) 4-5]. Que resplandezca como nuestra mejor alabanza, bendición y predicación, porque **todo hombre es mi hermano**¹⁹ y nosotros hemos sido llamados a predicar a todos los pueblos, a consolarlos, hablándoles al corazón.

A todos los hermanos, llegue la paz, el amor y la fe que proceden de Dios, el Padre, y del Señor Jesucristo (Efesios 6, 23).

En Nuestro Padre Santo Domingo




Fray Carlos A. Azpiroz Costa OP
Maestro de la Orden

Prot. 50/09/675 – Lettere all'Ordine – MO

¹⁷ Cf. B. Jordanus, *Libellus de principiis Ordinis Prædicatorum* n. 107 [Ed. H. C. Scheeben, *MOPH* (1925) t. 16]

¹⁸ Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, n° 19.

¹⁹ Pablo VI, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1971* (14 de noviembre de 1970).